



KELLY BARNHILL

De la autora de *La niña que bebió luz de luna*

CUANDO ELLAS FUERON DRAGONES

CROSS
BOOKS

KELLY BARNHILL

**CUANDO
ELLAS
FUERON
DRAGONES**

**CROSS
BOOKS**

CROSSBOOKS, 2023
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *When Women Were Dragons*
© del texto: Kelly Barnhill, 2022
© de la traducción: Verónica García, 2023
Ilustración de cubierta de Charlotte Day
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2023
ISBN: 978-84-08-26031-8
Depósito legal: B. 3140-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

La primera vez que vi una dragona tenía cuatro años. Jamás se lo conté a mi madre. Imaginé que no lo comprendería.

(Me equivocaba, claro está, como en la mayoría de las cosas que suponía sobre ella, algo que no es poco común. Creo que es posible que nadie conozca de verdad a su madre, al menos hasta que ya es demasiado tarde.)

El día que vi una dragona fue una jornada de pérdida, inserta en un periodo de inestabilidad. Mi madre se había marchado hacía un par de meses. Mi padre, cuyo rostro se había vuelto tan vacío e inexpressivo como una mano enguantada, no me dio ninguna explicación. Mi tía Marla, que había venido a cuidarme mientras mi madre no estaba, se mostraba igual de reservada. Nadie hablaba del estado de mi madre ni de su paradero. No me decían cuándo pensaba volver. Yo era una niña y, por tanto, no me consideraban merecedora de información ni de marco de referencia, y bajo ningún concepto debía formular preguntas. Me dijeron que fuese buena. Esperaban que se me olvidara.

En aquel entonces, al otro lado de la callejuela vivía una mujer mayor. Tenía un jardín en el que había un cobertizo maravilloso y un pequeño gallinero, someramente poblado,

con una lechuza de pega en el tejado. A veces, cuando entraba a saludarla, me daba un manojo de zanahorias. Otras, un huevo. O una galleta. O una cesta llena de fresas. La adoraba. Era lo único que tenía sentido en aquel mundo irreverente. Tenía un acento muy cerrado —polaco, según supe mucho más adelante— y me llamaba su pequeña *żabko*, porque siempre andaba dando saltitos como una rana. Siempre me ponía a trabajar: si no era recogiendo cerezas del suelo, era recolectando tomates tempraneros, o capuchinas, o guisantes. Luego, un rato más tarde, me tomaba de la mano y me acompañaba a casa, y regañaba a mi madre (antes de su desaparición) o a mi tía (durante los largos meses en los que faltó mi madre). «No le quites los ojos de encima —les advertía—, o cualquier día le brotarán alas y saldrá volando.»

El encuentro con la dragona sucedió a finales de julio, en una tarde sofocante y húmeda. Era uno de esos días en los que la tormenta se queda esperando justo en el horizonte, imponente, murmurando de forma irregular durante horas, a la espera de descargar sus torbellinos de antónimos: oscurecer la claridad, aullar los silencios y estrujar la humedad del aire como una esponja enorme y empapada. En ese momento, en cambio, la tormenta aún no había estallado y el mundo entero se encontraba a la expectativa. El aire era tan húmedo y caluroso que parecía casi sólido. Me sudaba el cuero cabelludo entre las trenzas, y el guardapolvo estaba todo arrugado por culpa de mis manos sudorosas.

Recuerdo el ladrido en *staccato* de un perro del barrio.

Recuerdo el rugido lejano de un motor revolucionado. Seguro que se trataba de mi tía, que se encontraba reparando otro coche más de algún vecino. Era mecánica, y la gente decía que tenía manos mágicas. Podía devolver a la vida cualquier máquina estropeada.

Recuerdo el extraño rumor eléctrico de las cigarras llamándose de un árbol al siguiente y al siguiente.

Recuerdo las motas de polvo y polen en suspensión, reluciendo a contraluz.

Recuerdo una serie de sonidos provenientes del jardín trasero de mis vecinos. Un gruñido de hombre. Un alarido de mujer. Un grito ahogado de pánico. Una pelea y un golpe seco. Y, luego, un leve y asombrado «¡Oh!».

Cada uno de estos recuerdos es tan claro como el agua. En aquel entonces no tenía las habilidades necesarias para comprenderlos, ni para encontrar el nexo entre momentos e informaciones aparentemente inconexos. Me llevó años unirlos. Había almacenado estos recuerdos como lo haría cualquier niño: como un batiburrillo de objetos afilados y relucientes apilados en las estanterías más oscuras del rincón más polvoriento de nuestra mente. Y allí permanecieron, traqueteando en la penumbra. Arañando las paredes. Alterando el cuidadoso orden de lo que consideramos verdadero. E hiriéndonos cuando nos olvidamos de lo peligrosos que son y los agarramos con fuerza.

Abrí la puerta de atrás y me dirigí al jardín de la anciana, como había hecho cientos de veces. Las gallinas estaban en silencio. Las cigarras habían dejado de murmurar y los pájaros de cantar. No había ni rastro de la mujer. En cambio, en medio del jardín, vi una dragona sentada, a medio camino entre los tomates y el cobertizo. Su colosal rostro lucía una expresión de asombro. Se miraba las manos. Se miraba los pies. Giró el cuello para observar sus alas. Yo no grité. No salí corriendo. Ni siquiera me moví. Me quedé allí parada, arraigada al suelo, y contemplé a la dragona.

Al final, armándome del valor necesario, me aclaré la garganta y pregunté dónde estaba la anciana. La dragona me miró, sobresaltada. No dijo nada. Guiñó un ojo. Se llevó un dedo a los labios como para decir «chis» y entonces, sin más dilación, enroscó las patas a modo de muelle bajo su inmen-

so cuerpo, inclinó la cabeza hacia las nubes, desplegó las alas y, con un gruñido, apartó la tierra y alzó el vuelo hacia el cielo. La vi ascender a las alturas y en cierto punto virar hacia el oeste. Desapareció sobre las anchas copas de los olmos.

No volví a ver a la anciana. Nadie la mencionó. Fue como si nunca hubiese existido. Intenté preguntar por ella, pero no disponía de la información suficiente ni para componer la pregunta. Traté de encontrar la seguridad que me faltaba en los adultos de mi vida, pero no hallé nada. Solo silencio. La ancianita se había ido. Yo había visto algo que no podía comprender. No había lugar para mencionarlo.

Con el tiempo, se tapiaron las ventanas, la hierba creció descontrolada y su bonito jardín se convirtió en una masa enmarañada. La gente que pasaba por allí ni siquiera se fijaba en la casa.

La primera vez que vi una dragona tenía cuatro años. La misma edad que cuando descubrí que era un tema del que no se podía hablar. Quizá sea así como aprendemos lo que es el silencio: una ausencia de palabras, de contexto, un hueco en el universo donde debería residir la verdad.

2

Recuperé a mi madre un martes. De nuevo, sin explicaciones, sin consuelo; lo único que envolvía al asunto era un silencio frío, pesado e inamovible, como un bloque de hielo pegado al suelo; era otra cosa inmencionable más. Si lo recuerdo bien, sucedió poco más de dos semanas después de la desaparición de la anciana. Y justo cuando su marido se marchó. (Nadie mencionó eso tampoco.)

El día que regresó mi madre, mi tía Marla estaba frenética, limpiando la casa y restregándose la cara con una toalla caliente, una y otra vez, y cepillándose el pelo obsesivamente hasta que relucía. Yo me quejé, bien alto, e intenté escabullirme de ella, pero me tenía bien asida.

—Venga ya —dijo mi tía secamente—, ya basta. Quieres estar presentable, ¿no?

—¿Para qué? —pregunté, y le saqué la lengua.

—Por nada. —Su tono fue cortante, o eso intentó. No obstante, incluso mis oídos infantiles fueron capaces de percibir el signo de interrogación.

La tía Marla me soltó y se sonrojó un poco. Se puso en pie y miró por la ventana. Frunció el ceño. Entonces, se puso a pasar la aspiradora una vez más. Pulió los motivos cromá-

dos del horno y fregó el suelo. Las ventanas resplandecían como el agua. No había superficie que no brillase como si fuese de aceite. Yo me senté en mi habitación con mis muñecas (que no me gustaban) y mis bloques (que sí) y me puse de morros.

Oí el murmullo del coche de mi padre cuando llegó a casa a la hora de comer. Me sorprendió porque no solía venir a casa en medio de un día laborable. Me acerqué a la ventana y apreté la nariz contra el cristal, dejando una marca redonda. Él se apeó por la puerta del conductor y se colocó el sombrero. Le dio unos golpecitos a las suaves curvas del capó mientras rodeaba el coche para abrir la puerta del pasajero, de donde emergió una mano para tomar la suya. Contuve la respiración.

Una desconocida bajó del vehículo. Llevaba la ropa de mi madre, y se le parecía bastante, pero no era ella. Tenía la cara hinchada donde debía ser delicada, y delgada donde debía ser rolliza. Estaba más pálida que mi madre, y su pelo era escaso y sin vida, todo mechones sueltos y plumas, incluso se le veía el cuero cabelludo en algunas zonas. Su mirada era inconstante y dubitativa; además, no tenía la seguridad de mi madre al caminar. Torcí la boca en una mueca.

Comenzaron a andar hacia la casa, mi padre y la desconocida. El brazo derecho de él rodeaba los hombros de pájaro de ella y la apretaba contra sí. Llevaba el sombrero un poco inclinado hacia delante, ligeramente ladeado, ocultando así su rostro. No podía ver su expresión. Cuando cruzaron el punto medio del camino de entrada, salí en estampida de mi cuarto y corrí para llegar, sin aliento, al recibidor. Me limpié la nariz con la manga, observé la puerta y esperé.

Mi tía soltó un grito ahogado y salió pitando de la cocina. Llevaba puesto un delantal y la cenefa de encaje emitía un frufrú contra sus pantalones de mahón. Abrió la puerta de

un tirón para recibirlos. Vi cómo se le sonrojaban las mejillas al ver a esa persona que llevaba la ropa de mi madre, cómo sus ojos enrojecieron y se anegaron de lágrimas.

—Bienvenida a casa —dijo mi tía, con la voz quebrada. Se llevó una mano a la boca y otra al corazón.

Miré a mi tía y luego a la desconocida. Miré a mi padre. Esperaba una explicación, pero no llegó nada. Pataleé. Nadie reaccionó. Al final, mi padre se aclaró la garganta.

—Alexandra —dijo.

—Alex —lo corregí.

Mi padre me ignoró.

—Alexandra, no te quedes ahí papando moscas. Dale un beso a tu madre. —Consultó el reloj de pulsera.

La desconocida me miró. Sonrió. Esa sonrisa se parecía a la de mi madre, pero su cuerpo no se correspondía con el de ella, ni tampoco su cara, ni su pelo, ni su olor, y lo disparatado de la situación me pareció infranqueable. Me flaquearon las rodillas y me comenzó a latir la cabeza. En aquella época era una niña muy seria, sobria e introspectiva, y nada propensa a rabietas ni llantinas. Sin embargo, recuerdo un ardor muy característico en la parte trasera de mis ojos. Recuerdo que la respiración se tornó en hipidos. No era capaz de moverme ni un solo paso.

La desconocida sonrió y se meció, y se aferró al brazo izquierdo de mi padre. Él no pareció darse cuenta. Giró el cuerpo ligeramente hacia el otro lado y volvió a mirar el reloj. Luego me lanzó una mirada severa.

—Alexandra —dijo llanamente—. Que no te lo tenga que repetir. Piensa en cómo se debe de sentir tu madre.

Me ardía la cara.

Mi tía se puso a mi lado al instante, me agarró y me colocó sobre su cadera, como si fuese un bebé.

—Los besos siempre reconfortan más cuando se dan conjuntamente —dijo—. Venga, Alex.

Sin pronunciar una palabra más, rodeó la cintura de la desconocida con un brazo y puso su mejilla contra la de ella, obligándome a encajar la cara en el hueco que quedaba entre el cuello y el hombro de la mujer.

Noté el aliento de mi madre en el cuero cabelludo.

Sentí la caricia de mi madre en la oreja.

Pasé los dedos por la amplia tela de su vestido de motivos florales y la apreté en el puño.

—¡Oh! —dije, aunque fue más un suspiro que una palabra, y me abracé al cuello de la desconocida con una mano.

No recuerdo haber llorado, pero sí recuerdo que la bufanda y el cuello del vestido y la piel de mi madre acabaron humedecidos. Recuerdo el sabor de la sal.

—Bueno, pues yo ya me marcho —dijo mi padre—. Sé buena, Alexandra. —Estiró la parte puntiaguda de la barbilla—. Marla. —Asintió con la cabeza hacia mi tía—. Asegúrate de que se acuesta —añadió.

A la desconocida no le dijo nada. A mi madre, quiero decir. No le dijo nada a mi madre. A lo mejor ahora éramos todos extraños.

Después de aquel día, la tía Marla siguió viniendo a casa cada día por la mañana temprano y no se marchaba hasta bien entrada la noche, una vez lavados los platos de la cena y fregados los suelos. Se iba cuando mis padres ya estaban en la cama. Cocinaba y jugaba conmigo durante los interminables periodos que mi madre pasaba en la cama cada tarde. Era la encargada de llevar la casa seis días a la semana. Los sábados iba al taller mecánico a trabajar, a pesar de que esto a mi padre lo ponía de los nervios porque no tenía ni idea de qué hacer conmigo ni con mi madre todo el día él solo.

—Tengo que pagar el alquiler —le recordaba ella mientras mi padre la miraba petulante desde su sillón favorito.

Durante el resto de la semana, la tía Marla era el pilar que

sostenía el techo de la vida familiar. Decía que estaba encantada de echar una mano. Opinaba que lo único por lo que le merecía la pena esforzarse era ayudar a su hermana a curarse. Decía que era su trabajo favorito de todos. Y yo creo que de verdad lo pensaba.

Mientras tanto, mi madre se movía por la casa como un fantasma. Antes de desaparecer era pequeña y delicada. Pies diminutos. Características ínfimas. Manos frágiles y largas, como briznas de hierba atadas con un lazo. Cuando volvió era incluso más liviana y más frágil, aunque no fuese posible. Era como el exoesqueleto que abandona un grillo tras la muda. Nadie lo mencionó. Era inmencionable. Su cara era tan pálida como las nubes, a excepción de la piel oscura como los nubarrones de tormenta que rodeaba sus ojos. Se cansaba con facilidad y dormía mucho.

Mi tía siempre procuraba que tuviese una falda planchada que ponerse. Y guantes almidonados. Y zapatos brillantes. Y blusas elegantes. Se aseguraba de que hubiera cinturones listos para abrazar sus prendas amplias contra su diminuta figura. Cuando las calvas comenzaron a desaparecer y mi madre recobró el cabello, Marla le pidió a la peluquera que viniese a casa, y luego a la vendedora de Avon. Le pintó las uñas y la alababa cada vez que comía. De vez en cuando le recordaba lo mucho que se empezaba a parecer a sí misma. Yo le daba muchas vueltas a esto. No entendía a quién iba a parecerse mi madre si no era a ella misma. Quería preguntar al respecto, pero no tenía las palabras adecuadas para formular tal cuestión.

Durante este tiempo, la tía Marla se convirtió en mi madre opuesta. Era alta, de hombros anchos y tenía una pose imponente. Podía levantar objetos pesados que mi padre era incapaz de mover siquiera. Jamás la vi con falda. O con tacones. Llevaba pantalones de cintura alta y pisaba fuerte con

sus botas de estilo militar. A veces se ponía un sombrero de hombre ladeado sobre su cabello rizado, que siempre llevaba corto. Se pintaba los labios de color rojo oscuro, cosa que a mi madre le resultaba chocante, y llevaba las uñas bien arregladas, limadas y sin pintar, al estilo masculino, algo también impactante para mi madre.

Marla, en su día, había pilotado aviones, primero en el Servicio Auxiliar de Transporte Aéreo y luego en el Cuerpo Femenino del Ejército, y por último brevemente en la Fuerza Aérea de Mujeres Pilotos durante la primera parte de la guerra, hasta que la dejaron en tierra por razones que jamás me revelaron y la pusieron a reparar motores, cosa que se le daba de lujo. Todo el mundo quería que fuese ella quien los ayudase. Dejó el Ejército de repente cuando murieron mis abuelos y se puso a trabajar en un taller mecánico para pagar la universidad de mi madre y después allí se quedó. No me enteré de que ese empleo era extraño para una mujer hasta mucho más adelante. Durante su jornada laboral se pasaba el día inclinada o metida debajo de maquinaria en movimiento, y sus manos mágicas la devolvían a la vida. Yo creo que le encantaba su trabajo, pero, incluso desde mi perspectiva de niña pequeña, me di cuenta de que sus ojos siempre buscaban el cielo, como si anhelase volver a casa.

La quería mucho, pero también la odiaba. Después de todo, yo era una niña. Quería que fuese mi madre quien me preparase el desayuno, y quien me llevase al parque y quien le lanzase miradas asesinas a mi padre cuando, una vez más, metiese la pata. Pero era mi tía la que hacía todas esas cosas, y yo era incapaz de perdonarla. Fue la primera vez que descubrí que se pueden albergar sentimientos opuestos al mismo tiempo.

En una ocasión en la que yo debería estar durmiendo la siesta, me escabullí de la cama y fui de puntillas hasta el es-

tudio de mi padre, que colindaba con el baño principal, contiguo al dormitorio de mis padres. Abrí la puerta de este último solo una rendija y eché una ojeada al interior. Era una niña curiosa y me encontraba hambrienta de información.

Vi a mi madre tumbada en la cama, sin ropa, cosa que me pareció extraña. Mi tía estaba sentada junto a ella y le untaba la piel con aceite con movimientos largos y seguros. El cuerpo de mi madre estaba cubierto de cicatrices, quemaduras anchas y profundas. Me llevé la mano a la boca. ¿La había atacado un monstruo? ¿Alguien me lo habría contado de haber sido así? Me metí la parte más carnosa de los dedos entre los dientes y la mordí para evitar los sollozos. Había dos sonrisas bulbosas incrustadas en su piel donde deberían haber estado sus pechos. Dos cicatrices de un tono rosa brillante y estridente. Mi tía pasó los dedos aceitados sobre cada una de las marcas, una tras otra. Me estremecí cada vez que mi madre se retorció de dolor.

—Ya están mejor —dijo la tía Marla—. Antes de que te des cuenta, estarán tan blancas que ni las distinguirás.

—Ya me estás mintiendo otra vez —rebatí mi madre con una voz débil y seca—. Nadie debería continuar...

—Venga ya —la cortó Marla—. No digas esas cosas. Vi a hombres en peor estado durante la guerra, y continuaron viviendo con ello, ¿verdad? Tú también puedes. Ya lo verás. Nos enterrarás a todos. Con todo lo que he rezado, no me extrañaría que acabases siendo inmortal. Dame la otra pierna.

Mi madre obedeció, se giró dándome la espalda y se tumbó de lado para que mi tía le pudiese poner aceite en la pierna izquierda y en la parte baja del torso, presionando sus músculos con las palmas de las manos. También tenía quemaduras en la espalda. Mi madre negó con la cabeza y suspiró.

—Querías que me convirtiese en Titono, ¿verdad?

Marla se encogió de hombros.

—Al contrario que tú, yo no tengo una hermana mayor que me haya obligado a terminar la universidad, así que no pillo tus referencias intelectuales, señorita Sabelotodo. Pero vale. Quiero que seas como ese tal Nosequién.

Mi madre hundió la cara en la parte interna del codo.

—Sale en un mito —explicó—. Y también en un poema que me encantaba. Titono era un hombre, un mortal de la antigua Grecia que se enamoró de una diosa y decidieron casarse. Ella detestaba la idea de que su marido envejeciera y muriese, de modo que lo hizo inmortal.

—Qué romántico —comentó mi tía—. El brazo izquierdo, por favor.

—En realidad no —suspiró mi madre—. Los dioses son necios y cortos de miras. Son como niños. —Negó con la cabeza—. No, son peores, son como hombres: no prevén las consecuencias de sus actos y son muy inconstantes. La diosa lo hizo inmortal, pero no evitó que envejeciese, porque no se le ocurrió concederle el don de la juventud eterna. De modo que cada año que pasaba se volvía más viejo, más enfermo, más débil. Se secó y se encogió, se hizo cada vez más pequeño hasta que al final era del tamaño de un grillo. La diosa lo llevó metido en el bolsillo hasta el fin de los tiempos, y muy a menudo se olvidaba de él. Era un trasto inútil y no había esperanza de que nada fuese a cambiar. No es romántico en absoluto.

—Ponte boca abajo, querida —le pidió mi tía, deseosa de cambiar de tema.

Mi madre gruñó al cambiar de postura. Marla trasteaba con los músculos de mi madre exactamente igual que hacía con las piezas de los coches: los alisaba, los ajustaba, arreglaba lo que una vez había estado estropeado. Si existía una

persona que pudiera curar a mi madre, era mi tía. Chasquéo la lengua.

—Con la cantidad de aceite que te estoy poniendo, dudo que te pudieses secar. Pero después del susto que nos has dado, cuando casi te... —La voz de Marla se quebró ligeramente. Se llevó el dorso de la mano a la boca y fingió que tosía. No obstante, a pesar de mi inocencia, supe que estaba fingiendo. Sacudió la cabeza y volvió a masajear el cuerpo de mi madre—. En fin. Llevarte en mi bolsillo durante toda la eternidad no me parece ni medio mal. Lo aceptaría, si me lo propusiesen. —Se aclaró la garganta, pero sus palabras ahora sonaban espesas—. Lo aceptaría sin pestañear.

No debería recordar esta conversación, pero, por extraño que parezca, la recuerdo. No he olvidado ni una sola palabra. En realidad, para mí esto es algo bastante normal, pues me pasé la mayor parte de mi infancia memorizando cosas por accidente. Archivándolas. No sabía lo que significaba esa conversación, pero sí cómo me hizo sentir. Noté la cabeza caliente y la piel fría, y el aire alrededor de mi cuerpo parecía vibrar y dar vueltas. Necesitaba a mi madre. Me hacía falta que se curase. Y en mi razonamiento infantil, creí que la única forma de conseguirlo era que mi tía se marchase; si ella se iba, pensaba mi cabecita, mi madre tendría que ponerse bien. Si la tía Marla volvía a su casa, no habría nadie que le diese de comer a mi madre, ni que hiciese las tareas del hogar, ni que le masajeara los músculos ni que se asegurase de que se vestía, ni que la llevase sana y salva en el bolsillo. Mi madre volvería a ser mi madre. Y el mundo volvería a ser como debía ser.

Regresé a mi cuarto y pensé en la dragona que había visto en el jardín de los vecinos. Cómo parecía maravillada al ver las garras de sus manos y sus pies retorcidos. Cómo se había girado para ver las alas que adornaban su lomo. Recor-

dé el grito ahogado y el «¡Oh!». Recordé cómo había encogido las caderas y arqueado la espalda. Las ondas que habían formado sus músculos bajo su piel iridiscente. Cómo había preparado las alas. Y el maravilloso despegue hacia los cielos. Recuerdo mi propio grito ahogado cuando desapareció entre las nubes. Cerré los ojos e imaginé que a mi tía le salían alas. Que sus músculos brillaban cubiertos de escamas metálicas. Que su mirada se alzaba hacia el firmamento. Que echaba a volar.

Me arrojé con una manta y cerré los ojos con fuerza, tal como hacen los niños para que sus pensamientos se conviertan en realidad.

La primera dragonización espontánea de la que se tiene noticia aparece en los supuestamente desaparecidos apuntes de Timeo de Tauromenio, que datan del año 310 a. C. Estos manuscritos fueron hallados durante la excavación de las vastas bibliotecas que se encontraban en el corazón del palacio de Néstor, pero permanecieron olvidados hasta hace relativamente poco debido a un error de clasificación en el almacén donde se guardaron. Estos fragmentos, entre otras cosas, arrojan luz sobre la histórica reina Dido de Cartago: sacerdotisa de Astarté, embaucadora de reyes y timadora de los mares. Los relatos acerca de su vida que nos han llegado a través de la literatura clásica (desde Cicerón hasta Virgilio, pasando por Plutarco y todos los patanes insufribles que hubo entre medias) varían enormemente, pues cada uno la describe como una mujer compleja, inescrutable y fundamentalmente desafiante. Las noticias sobre su muerte, sin embargo, son bastante uniformes. En especial el hecho de que Dido —ya sea por duelo, por rabia o por venganza, ya por deseo de sacrificarse para salvar la ciudad que fundó y construyó y amó— se subió con gran calma a su propia pira funeraria y se lanzó sobre la espada de su marido. Se cuenta que exhaló su último aliento mientras las llamas la envolvían.

Y quizá sea verdad.

De todas formas, los escritos de Timeo nos ofrecen una visión alternativa. En ciertos fragmentos de los libros 19, 24 y 49 de su obra, se da por consabida una parte de la historia que no se menciona en el texto, que derivaría en un final bastante diferente para la reina. Estas referencias podrían considerarse relevantes en el sentido de que el autor no ve necesario argumentar sus palabras, sino que da una visión distinta de la de sus contemporáneos de tal forma que sugiere que ambas son válidas y aceptables. Timeo narra que la reina Dido, escoltada por sus sacerdotisas, se plantó en la costa y vio cómo el océano se oscurecía por la llegada de las naves troyanas, hambrientas del puerto de Cartago, y de sus riquezas, y de sus recursos, y de sus mujeres. Timeo describe la ciudad como un pecho

rebotante del cual Eneas y sus secuaces pretendían alimentarse, y toda la ciudad tembló ante el poderoso apetito de los hombres.

Los fragmentos de Timeo nos proporcionan pistas prometedoras. En el libro 19 describe cómo la reina y sus sacerdotisas se retiraron las vestimentas y las dejaron caer al suelo. «Se desnudaron como ninfas y emergieron de sus cuerpos como monstruos —escribe, y añade que—: el mar ardía con el fuego de mil piras.» ¿Qué clase de monstruos? ¿Y de quién eran las piras? Timeo no lo aclara. En el libro 24 escribe: «¡Oh, Cartago, ciudad de dragones! ¡Ay de ti por dar la espalda a tus divinas protectoras! En la próxima generación, la noble ciudad de Dido yacerá en ruinas sobre la tierra». Y en el libro 49 describe el engaño de Dido al rey Pigmalión y su subsecuente huida por mar de esta manera: «Durante su travesía, la joven reina viajó a islas que no aparecían en mapa alguno y demandó que sus hombres la aguardasen en los barcos mientras ella nadaba hacia la costa sin escolta. En todas las ocasiones regresaba con mujeres, cuyo cometido era convertirse en sacerdotisas y en esposas, según les contó a sus súbditos. Estos temblaban al posar los ojos sobre dichas mujeres, incapaces de descubrir por qué. ¡Oh, cómo brillaban sus ojos! Y qué fortaleza ardía en sus vientres. Estas sacerdotisas eran fuertes como varones. Se asoleaban en cubierta como lagartos. Los marineros aceptaron respetarlas, y los que olvidaban su promesa y traspasaban los límites de la decencia guiados por la lujuria, a la mañana siguiente habían desaparecido y sus nombres jamás volvían a ser pronunciados».

¿Dragonizó Dido? ¿Se transformaron sus sacerdotisas? No hay forma de saberlo. Sin embargo, hay dos detalles que nos dan pie a indagar más en la historia de Timeo. En primer lugar, el hecho de que Timeo fuese el primero en relatar estos eventos y, de este modo, menos proclive a recibir presiones políticas para censurarse. Los hombres se vanaglorian de ser el centro de la historia, después de todo. Y en segundo lugar, el patrón que hemos notado a lo largo de la historia mediante el cual las esporádicas dragonizaciones femeninas

aparentemente espontáneas (en realidad no son espontáneas, pero eso lo trataremos más adelante en este mismo artículo) casi siempre aparecen seguidas de un rechazo universal a aceptar los hechos y un acuerdo general de olvidar eventos que se consideran demasiado alarmantes, demasiado caóticos, demasiado incómodos. La reina Dido no fue la primera en recibir este tratamiento, y tampoco la última.

Me dispongo a explorar veinticinco discretos ejemplos de dragonización masiva y la subsecuente represión histórica para culminar, por supuesto, con los asombrosos hechos acaecidos en Estados Unidos en el año 1955. Esta, aunque sin precedentes en cuanto a cantidad y alcance, no fue única en el contexto de la historia universal. Mi intención es demostrar que la dragonización masiva no es un fenómeno moderno. No obstante, dada la gran cantidad de conversiones que sucedieron en 1955, es imperativo que aprendamos de los errores del pasado y que creamos un nuevo camino. La hipótesis que pretendo presentar es que todas las dragonizaciones masivas vienen seguidas de un «olvido masivo». Estoy convencido de que es esta parte, la del olvido, la que resulta mucho más dañina y deja más cicatrices en la psique y en la cultura. Y lo que es más, saco como conclusión que Estados Unidos se encuentra, en estos momentos, sumido en un proceso de olvido de dicha clase, cuyas repercusiones serán rastreables y cuantificables, y, con suerte, reversibles, si se actúa de manera inmediata y coordinada.

«Breve historia de las dragonas», del doctor H. N. Gantz, publicado en *Anales de Investigación sobre Salud Pública* por el Departamento de Salud, Educación y Bienestar de Estados Unidos el 3 de febrero de 1956. Se censuró tres días más tarde y todas las copias, excepto esta, fueron destruidas.